

# LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA EN CASTILLA Y LEÓN DE LA ILUSTRACIÓN AL SIGLO XX

Coordinadores:

M. FARTOS MARTÍNEZ

J. T. PASTOR GARCÍA

L. VELÁZQUEZ CAMPO

ALFREDO MARCOS OTERUELO	GREGORIO NATAL ÁLVAREZ
AMPARO ARRIBAS CASTRILLO	JOAQUÍN ESTEBAN ORTEGA
ÁNGEL MARTÍNEZ CASADO	JOSÉ LUIS FUERTES HERREROS
ANTOLÍN ÁLVAREZ TORRES	JUAN JOSÉ MOLINERO MARTÍNEZ
ANTONIO NATAL ÁLVAREZ	JUAN MANUEL ALMARZA MEÑIQUE
ANTONIO REGALES	JUAN TOMÁS PASTOR GARCÍA
ANTONIO REVILLA GUTIÉRREZ	LAURA SERRANO BLANCO
DOMINGO NATAL ÁLVAREZ	LORENZO VELÁZQUEZ CAMPO
FRANCISCO DIÉGUEZ	LUIS ÁNGEL SÁIZ MONTES
FRANCISCO SEVILLA BENITO	MAXIMILIANO FARTOS MARTÍNEZ
ROBERTO ALBARES	



*Caja Duero*

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
E INTERCAMBIO EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

## ÍNDICE

PRÓLOGO. Por Maximiliano Fartos Martínez

1. VILLAGARCÍA DE CAMPOS: UN CENTRO DE IRRADIACIÓN CULTURAL Y EDUCATIVA EN LA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII. Por Amparo Arribas Castrillo . . . . . 17
2. EL PADRE ISLA. Por Amparo Arribas Castrillo . . . . . 67
3. MARTÍN SARMIENTO. Por Domingo Natal Álvarez . . . . . 91
4. LA INTRODUCCIÓN DEL ANÁLISIS INFINITESIMAL. JUAN JUSTO GARCÍA. Por Luis Ángel Sáiz Montes . . . . . 101
5. VICENTE FERNÁNDEZ VALCÁRCEL. Por Antolín Álvarez Torres . . . 159
6. JOSÉ ALONSO ORTÍZ. Por Juan-Tomás Pastor García . . . . . 205
7. NICOMEDES MARTÍN MATEOS. Por Francisco Sevilla Benito . . . . . 223
8. JULIÁN SANZ DEL RÍO Y EL KRAUSISMO. Por Roberto Albares . . . 237
9. FERNANDO DE CASTRO. Por Antonio Natal Álvarez . . . . . 287
10. GUMERSINDO DE AZCÁRATE. Por Alfredo Marcos Oteruelo . . . . . 299
11. MENÉNDEZ PELAYO Y LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID: 1874-1876. Por José Luis Fuertes Herreros . . . . . 325
12. LA POLÉMICA DE LA CIENCIA EN ESPAÑA. EL PADRE CÁMARA. Por Domingo Natal Álvarez . . . . . 393
13. EL PADRE MANJÓN. Por Francisco Diéguez . . . . . 423
14. JUAN JOSÉ SANTIAGO URRÁBURU. Por Antolín Álvarez Torres . . . . 455
15. RICARDO MACÍAS PICAVEA. Por Laura Serrano Blanco . . . . . 487
16. UNAMUNO. Por Maximiliano Fartos Martínez . . . . . 509
17. ANTONIO MACHADO. Por Juan José Molinero Martínez . . . . . 547
18. RAMIRO LEDESMA RAMOS. Por Lorenzo Velázquez Campo . . . . . 575
19. ENRIQUE TIERNO GALVÁN. Por Domingo Natal Álvarez . . . . . 593

20.	MANUEL DE AZCÁRATE Y EUGENIO DE NORA. Por Antonio Natal Álvarez . . . . .	611
21.	JULIÁN MARÍAS. Por Domingo Natal Álvarez . . . . .	627
22.	JOSÉ LUIS L. ARANGUREN. Por Juan-Tomás Pastor García. . . . .	665
23.	SANTIAGO RAMÍREZ. Por Ángel Martínez Casado . . . . .	703
24.	GUILLERMO FRAILE. Por Ángel Martínez Casado. . . . .	713
25.	ÁNGEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ. Por Gregorio Natal Álvarez . . . . .	721
26.	ADOLFO MUÑOZ ALONSO. Por Domingo Natal Álvarez . . . . .	735
27.	MANUEL ALONSO ALONSO. Por Juan-Tomás Pastor García . . . . .	745
28.	MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ. Por Roberto Albares. . . . .	763
29.	ANTONIO G. DE LAMA. Por Alfredo Marcos Oteruelo . . . . .	773
30.	DIEGO ABAD DE SANTILLÁN. Por Juan Manuel Almarza Meñica . . .	791
31.	PEDRO GÓMEZ BOSQUE. Por Antonio Revilla Gutiérrez . . . . .	807
32.	EMILIO LLEDÓ. Por Joaquín Esteban Ortega . . . . .	815
33.	LA RENOVACIÓN DE LA LINGÜÍSTICA. Por Antonio Regales . . . . .	835
34.	LA ENTRADA DE LA LÓGICA MODERNA Por Maximiliano Fartos Martínez . . . . .	855

## PRÓLOGO

Esta segunda parte de la Historia de la filosofía española en Castilla y León es continuación de la publicada en 1997 con el subtítulo “De los Orígenes al Siglo de Oro”. Allí encontrará el lector la introducción general que alcanza también al período ahora estudiado. Pero no estarán de más algunas reflexiones que tengan en cuenta las nuevas circunstancias.

Nuestros ilustrados pretendían desterrar las supersticiones y buscaban la utilidad y “la pública felicidad”. No les fue fácil. Se significaron primero Feijóo y después Jovellanos, ambos desde Asturias. Aquel tuvo su continuador en el leonés Padre Sarmiento y el segundo encontró en el salmantino Menéndez Valdés un íntimo amigo. En el terreno científico cabe destacar la larga estancia de Proust en Segovia y el denodado esfuerzo del presbítero extremeño Juan Justo García para introducir el cálculo infinitesimal en la Universidad de Salamanca. Tampoco a éste le fue fácil triunfar en el empeño. No obstante, España había significado, y significaba aún, para Europa más de lo que pensaba el *pusillus* Masson de Morvilliers (autor del artículo “España” de la *Enciclopedia*), y no merecía algunas de las chanzas del botarate Voltaire ni las infundadas apreciaciones de un hombre por otra parte tan ponderado como Montesquieu.

Entre otras cosas de interés social, se fundan en esa época las Sociedades Económicas de Amigos del País. También se sacan los enterramientos del casco urbano por el crecimiento demográfico y se hacen cementerios ventilados por razones de higiene (aunque la Pragmática es de 1787, el proceso dicen los entendidos duró todo un siglo, 1751-1851).

En las últimas centurias pasó la nación española por traumas mayores como la guerra de la Independencia (se extrañaba el curso imperialista de que se le rebelara el pueblo que más necesitaba su Código Civil), las guerras carlistas, el desastre del 98 y la Guerra Civil. Otros acontecimientos tuvieron repercusión en el orden del pensamiento como la expulsión de los jesuitas, que no habría de ser la única (decía

el Borbón en su Pragmática: “Prohibo que jamás pueda volver a admitirse en todos mis Reinos a ningún individuo de la Compañía..... Impongo silencio en esta materia a todos mis vasallos...”), o como los frecuentes destierros y retorno de los exiliados, las polémicas entre clericales y anticlericales, republicanos y monárquicos, krausistas y antikrausistas.

Hay un texto de Clarín, destacado por Marías, que merece citarse con fruición por su lucidez, y con dolor por lo que significa:

“Varias veces se ha decretado en España la libertad de pensar pero el público todavía a estas horas (y ya va siendo tarde) no ha sabido aprovecharse de tamaña franquicia. Por libertad de pensar entiende uno hacerse diputado para ir al Congreso a vociferar que la Trinidad es una “monserga”, lo cual es, además de terriblemente sacrílego, absolutamente falso, pues la Trinidad, sea lo que quiera, no es una monserga, de fijo. Otro entiende que libertad de pensar es decir pestes del clero; y otro, más cruel, que es no pagarle lo que se debe. Hay que desengañarse; un ciudadano pacífico, librepensador, pero comedido, que piensa libremente, pero no por eso insulta al prójimo, siquiera el prójimo sea católico o ultramontano, un ciudadano así, no debe aspirar hoy por hoy a predicar su doctrina donde haya mucha gente, porque se expone a ser interrumpido a pedradas. Si el auditorio es “creyente”, como se dice, le apedrean por ateo, impío, hereje, que es peor para ellos; si el auditorio es aficionado a pensar libremente, le apedrean, por “paulino”, por sacristán, por “mestizo”...¡sabe Dios!”.

Tuvo especial relevancia para lo que a nosotros más nos interesa la polémica entre los que defendían que España, tan brillante en artes plásticas y en literatura, también había tenido una historia digna en disciplinas científicas, y los que negaban de plano que hubiera habido una “ciencia española” que mereciera reseñarse. Pocos de los defensores pusieron manos a la obra para que, si no la había habido, por lo menos llegara a haberla, y entre los detractores, los había que se alegraban claramente de que no la hubiera habido, para así poder echarle la culpa a la Inquisición y vivir en la felicidad que proporcionaba tener una tesis demostrada. Cuando el joven entusiasta Menéndez Pelayo (inducido por Laverde, que le había acogido en Valladolid cuando resolvió huir de las “garras de Salmerón” para aprobar la asignatura de Metafísica) publicó los resultados de sus históricas pesquisas, líderes de generaciones siguientes, como Unamuno primero, y Ortega después, coincidieron en el veredicto: ahora ya se sabe que no la hubo (que no hubo verdadera ciencia española). De la generación anterior fue Ramón y Cajal, más patriota que otro alguno, quien dio ejemplo y animó a que la hubiera, poniendo las condiciones para ello: el trabajo, la promoción del estudio y la valentía de enfrentarse al futuro con optimismo. Y es él quien, cuando el desastre del 98, reacciona diciendo que no es hora ya de filosofar sobre nuestra

caída, sino de levantarse lo más rápidamente posible, mirando hacia adelante. Sin olvidar al ingeniero montañés Leonardo Torres Quevedo, estrictamente contemporáneo de Cajal, que fue seguramente el más genial de los inventores españoles.

También supieron sobreponerse los escritores posteriormente englobados en la llamada Generación del 98, cuyas obras en conjunto integran la conocida como Edad de Plata (o segundo Siglo de Oro) de nuestra Literatura.

Quien más quien menos vivió el aludido desastre como una conmoción de los cimientos en que se asentaba desde siglos la propia identidad. Justamente a los trescientos años de la muerte del Rey Felipe II, el sol pasó a emplear ya sólo la mitad de sus horas en alumbrar las tierras que quedaban de un territorio que había sido inmenso. Seguramente los españoles de la intrahistoria, los honestos campesinos que no meten bulla en la historia, preferían que terminara cuanto antes aquella carnicería, en la que se inmolaban sus hijos por no poder hacer frente a los cuatrocientos duros que costaba librarse de servir al rey en ultramar.

También Unamuno, inmerso por entonces en su crisis religiosa del 97, era de los que prefería que les vendiesen la isla de Cuba a los americanos. Pero cómo no iba a afectarles en lo más íntimo a él, y a otros hombres cultos coetáneos, aquella humillación de la patria, especialmente al oír que Chamberlain hablaba de las naciones moribundas ... a las que la vida se les escapa... "*Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas*" había dicho meses antes el suicida Ganivet. Y fue, en efecto, penetrando en la intrahistoria y ensimismándose con nuestros clásicos, como pensaron que hallarían la clave de nuestra salvación. Regeneracionismo literario frente a (o sobre y tras) el regeneracionismo de los regeneracionistas (Costa, Mallada, Picavea, Isern,...). De fuera contaban sólo con el aliento del noble Rubén Darío: "Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire/...mientras haya....un noble empeño/... una imposible hazaña/ una América oculta que descubrir, ¡vivirá España!".

Los de la generación siguiente, con Ortega a la cabeza, juzgaron desde el principio que la verdadera clave residía en la apertura sin más a Europa.

A cien años vistas, los más sensatos de ahora les admiran a unos y otros, reconociendo que gracias a su empuje intelectual podemos ser hoy lo que somos y que su legado llega hasta nosotros. Pero curiosamente, los más de los escritores, aprovechándose de la ventaja que da la perspectiva, desde la situación de hoy tan distinta (¿del todo distinta? Los del 98 temieron el desmembramiento de España, a la que amaban odiando lo español. ¿Son acaso hoy inexistentes o locos esos sentimientos, aunque ya se haya creado despensa y escuela?), decía que los más de los escritores desde la situación actual tan distinta de la de hace un siglo, sin saber retrotraerse a aquella circunstancia, y jugando a originales, les han culpado de yo no

sé qué dogmas y desafueros. Ciertamente no se les puede exigir, ni siquiera a ellos, que estuvieran acertados en todas sus reacciones, que no lo estuvieron.

Pero ha sido especialmente injusto y doloroso que el nieto de un discípulo de Unamuno, refiriéndose a él y a Azorín y Machado (el hombre más descuidado de cuerpo y más limpio de alma que he conocido, decía de él Unamuno), haya calificado a los miembros de la generación del 98, por su esencialismo patrio, como “eximios escritores, pero pensadores políticos erráticos, irracionales, misticoides y detestables”. Añadiendo que “ni siquiera Ortega mantiene su ecuanimidad cuando trata estos temas”. El tal parece ignorar que, como ya va dicho, en cosas de patriotismo (exaltado, noble y desinteresado) el no va más es Ramón y Cajal, o quizás sea que con el aragonés no se atreva.

Como si ignoraran quienes ahora lanzan tan burdos reproches a los del 98, que para llegar a la Unión Europea hubo de pasar Europa por las dos guerras mundiales y nosotros por nuestros peculiares escarmientos para al fin poder integrarnos en ella. Y geógrafos conozco que se permiten reprenderlos por su visión de Castilla, de aquella Castilla, y por cantarla tan emotivamente como supieron hacerlo.

Andando el siglo, llegó a formarse en Madrid una emblemática Facultad de Filosofía y Letras, en la que llegaron a profesar simultáneamente Ortega, Morente, Zubiri, Gaos, Menéndez Pidal, Américo Castro, Asín Palacios, Claudio Sánchez Albornoz... Además, Unamuno desde Salamanca reclamaba él solo casi tanta atención. Quizás se necesiten centurias para que pueda repetirse, si acaso no es irrepetible, tamaña culminación. Y a pesar de contar con minoría tan selecta terminó ocurriendo lo que ellos no esperaban, pero temieron después, que llegara a ocurrir, aunque a nosotros ahora pueda parecernos mentira que ocurriera. Tras el enfrentamiento civil (o incivil) unos se fueron al exilio, otros murieron inesperadamente, caso de Morente, abandonaron la cátedra como Zubiri, o no retornaron a ella como Ortega, sin que faltara alguno, le ocurrió a Marías, que tuviera que pasar por el bochorno de ver suspendida su tesis doctoral. Y tuvo éste la valentía de permanecer en su país, desarrollando desde fuera de la Academia una impagable labor filosófica, a la que pronto se sumaron Aranguren y Laín, contrarrestando hasta donde les fue posible el marasmo escolástico repetitivo en que por aquellas kalendas estaba sumida la universidad en asuntos de filosofía. Cuando la forzosidad de las cosas tornó inviable aquel arcaísmo, emergieron otros “escolásticos” de contraria inspiración, que como los krausistas en su tiempo se apoyaron en grupo para perpetrar otra invasión parecida.

Durante la primera parte del Siglo XX la carrera de filosofía pura no podía cursarse en el territorio de Castilla y León, y después de la guerra, exactamente hasta 1974, sólo podía realizarse en la Universidad Pontificia de Salamanca, a la que

después se han sumado las Facultades de la civil salmantina y de la Universidad de Valladolid. De ahí proceden y con ellas están relacionados la mayor parte de los autores que han colaborado en la presente obra.

*Valladolid, 14 de Enero de 1999*

**M. FARTOS MARTÍNEZ**